

## **Cuaresma 2ª semana, lunes: la justicia de la misericordia**

**Texto del Evangelio (Lc 6,36-38):** En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará; una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá».

**Comentario:** 1. Según dijo el Señor a Santa Faustina, se celebra el domingo siguiente de Pascua la Divina Misericordia: proclamamos el amor de Dios por la humanidad. Juan Pablo II, gran precursor de esta “ley” divina, había preparado para el día que su muerte impidió leer, precisamente en esta fiesta, un texto donde recordaba el pasaje del Evangelio cuando el Resucitado se aparece a los apóstoles “y les mostró las manos y el costado”, es decir “los signos de la dolorosa pasión grabados de forma indeleble en su cuerpo incluso después de la resurrección. Esas llagas gloriosas que, ocho días después, hizo tocar al incrédulo Tomás, revelan la misericordia de Dios, ‘que tanto amó al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito’”. Hemos de beber de esta lógica divina, para poder vivir esta misericordia con los demás. Efectivamente, “a la humanidad, que a veces parece extraviada y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y vuelve a abrir el ánimo a la esperanza. Es amor que convierte los corazones y da la paz. ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Divina Misericordia!”. No se piden en esta devoción muchas cosas, básicamente rezar aquella sencilla jaculatoria, resumen de la otra del Sagrado Corazón (“Sagrado Corazón de Jesús, en ti confío”): aquí es simplemente: “Jesús, en ti confío”: “Señor, que con tu muerte y resurrección revelas el amor del Padre, nosotros creemos en ti y con confianza te repetimos hoy: Jesús, confío en Ti, ten misericordia de nosotros y del mundo entero”. La mejor manera de participar de este tesoro es desde el corazón de la Virgen, verla cómo acoge a Jesús: “nos lleva a contemplar con los ojos de María, el inmenso misterio de este amor misericordioso que brota del Corazón de Cristo.”

2. Esta divina misericordia en el Evangelio de hoy va de la mano de la justicia, esa es la auténtica ley divina. Como reza aquel salmo, “iustitia et pax osculatae sunt”, aquí se dan de la mano la misericordia y la justicia. Jesús establece una norma que resplandece desde hace días en la liturgia: “Norma absoluta: si nuestro Padre del cielo es misericordioso, nosotros, como hijos suyos, también lo hemos de ser. Y el Padre, ¡es tan misericordioso! El versículo anterior afirma: «(...) y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los ingratos y con los malos» (Lc 6,35)... nos encontramos ante una especie de “ley del talión” en las antípodas de (inversa a) la rechazada por Jesús («Ojo por ojo, diente por diente»). Aquí, en cuatro momentos sucesivos, el divino Maestro nos alecciona, primero, con dos negaciones; después, con dos afirmaciones. Negaciones: «No juzguéis y no seréis juzgados»; «No condenéis y no seréis condenados». Afirmaciones: «Perdonad y seréis perdonados»; «Dad y se os dará». Apliquémoslo concisamente a nuestra vida de cada día... Hagamos un valiente y claro examen de conciencia: si en materia familiar, cultural, económica y política el Señor juzgara y condenara nuestro mundo como el mundo juzga y condena, ¿quién podría sostenerse ante el tribunal?... si damos, ¿nos darán en la misma proporción? ¡No! Si damos, recibiremos —notémoslo bien— una medida buena, apretada, remecida, rebosante» (Lc 6,38). Y es que es la luz de esta bendita desproporción que somos exhortados a dar previamente. Preguntémonos: cuando doy, ¿doy bien, doy mirando lo mejor, doy con plenitud? (Antoni Oriol Tataret).

3. A veces puede parecer difícil vivir esta “ley del talión al revés”, devolver bien por mal, “poner amor donde no hay amor para sacar amor”, pero vemos que para el hombre es la única solución, y para Dios todo es posible, y nos da su gracia para vivirlo: el Señor nos ha dicho que, a los cristianos, nos reconocerían por cómo nos queremos, por cómo vivimos la caridad. Su mandamiento nuevo es que nos amemos como Él nos quiere. Debido al pecado original -y con él, la soberbia, la envidia, el rencor...-, la convivencia humana se ha hecho más difícil; es con la gracia de Dios como el hombre puede llegar a amar al prójimo como lo ama Él. El Catecismo nos enseña que: “Observar el mandamiento del Señor es imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida "del fondo del corazón", en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios” (n. 2842). “La oración cristiana llega hasta el perdón de los enemigos (cf Mt 5, 43-44). Transfigura al discípulo configurándolo con su Maestro. El perdón es cumbre de la oración cristiana; el don de la oración no puede recibirse más que en un corazón acorde con la compasión divina. Además, el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado. Los mártires de ayer y de hoy dan este testimonio de Jesús. El perdón es la condición fundamental de la reconciliación (cf 2 Co 5, 18-21) de los hijos de Dios con su Padre y de los hombres entre sí (cf Juan Pablo II, DM 14; Catecismo 2844; ver [http://www.oracionesydevociones.info/01940001\\_elartedeperdonar.htm](http://www.oracionesydevociones.info/01940001_elartedeperdonar.htm)).